

Índice

Fusión de hielo y fuego.....	9
Tres novelas con personaje.....	17
Poética Rufo.....	33
Los miedos de Juan.....	41

NOVELAS

Las lágrimas de Henan.....	47
El alma de los peces.....	199
Adiós a los hombres.....	331

LA CRÍTICA HA DICHO	505
EDICIONES Y TRADUCCIONES	507

Fusión de hielo y fuego

Françoise Dubosquet-Lairys,
Catedrática de Lenguas y
Culturas Extranjeras y Regionales.
Université Rennes 2-Haute Bretagne (Francia).
Decana de la Facultad de Letras y Culturas Extranjeras.

Prologar esta obra me pareció ante todo un ejercicio atrevido y una invitación a la humildad, especialmente a la hora de introducir a un autor como Antonio Gómez Rufo. Sin embargo, esos miedos se desvanecieron frente al deseo irreprímible de compartir contigo, estimado lector, lo que pueda significar el encuentro con un escritor y una obra que queremos hacer múltiple, que nos invita a saciar nuestra sed de respuestas existenciales en *El manantial de los silencios*.

¿De qué trata la obra de Antonio Gómez Rufo sino de nosotros, seres perdidos en un mundo cambiante, en un mundo que no es de oro sino de platino —según el autor— como consecuencia de sus avances científicos y tecnológicos...? Un mundo materialista que es capaz de alargar nuestra vida, de explicar racionalmente fenómenos inexplicables hasta la fecha, de transformar el agua del mar en algo consumible o de multiplicar las producciones terrenales hasta no saber qué hacer con ellas, mientras una parte del mundo se muere de hambre. Un mundo que ha reducido al ser humano a una mera mercancía al servicio de un poder que ni siquiera sabemos ya quién es: banqueros subvencionados —hemos institucionalizado la privatización de los beneficios y la colectivización de las pérdidas—, un gran hermano que nos invade a través de la red de la Aldea Global o un puñado de iluminados con misiles nucleares que sueñan con volver a las cavernas y justificar lo inaceptable en base a una larguísima y negada explotación de los seres humanos. Un poder, a su vez, hipotecado por los avances científicos

y tecnológicos... En fin, Gómez Rufo nos habla de una sociedad que tiene todos los requisitos para construir un mundo feliz y menos duro y que, por falta de respeto o por dejadez, ha dado vida a la peor de las inseguridades, a un miedo que se infiltra por todas partes, dando paso a una tremenda corriente liberticida en una sociedad que atraviesa una profunda crisis de referentes y de valores.

Este mundo que aceptamos, del cual somos al mismo tiempo víctimas y actores, habita en las tres novelas presentadas aquí. Tres novelas que ponen en escena una sociedad semejante a la nuestra, prisionera de múltiples supersticiones, empeñada en búsquedas espirituales que respondan a la vacuidad de una vida que se nos presentaba muy fácil. Una sociedad ansiosa de formas de apaciguar su alma y hallar algún sentido a una existencia rutinaria, que se pierde entre bolas de cristal y falsas creencias, o que confiesa sus pesadillas en divanes de psicoanalistas. Una sociedad que busca una soga, dice Gómez Rufo, con la que ahorcar su angustia ya que se muere de consumismo.

Después del fracaso de las grandes utopías, el ser humano busca salidas individuales y vuelve a la concha, al caparazón, como sugiere el autor, vuelve al mundo de las cavernas con sus tentaciones racistas, xenófobas, machistas, de pensamiento único; se inventa un responsable o un chivo expiatorio y se encierra en su búsqueda existencial: ¿Quién soy? ¿A dónde voy? ¿Qué significa vivir? ¿Ser libre?

Así, a través de un manantial de silencios, Gómez Rufo nos invita a meditar sobre estas tentaciones por medio del cuento, de la fábula o del relato. Nos propone desvelar las caras íntimas del dolor y del sufrimiento callados y escondidos bajo la capa publicitaria de nuestro mundo-escaparate. Nos convida, pues, a una experiencia de lucidez que nos abre los ojos a una realidad y a un mundo del cual somos no sólo espectadores, sino también actores y, en todo caso, socios/miembros asociados.

Adentrarnos en este mundo literario es, por tanto, un viaje a tierras incógnitas —por desestabilizadoras— del ser humano, a los mares del miedo, a los fantasmas del pasado o de la niñez; es aceptar y dejarse arropar por el dolor y por el grito, por el amor callado y ahogado; es percibir al filo de las palabras, la soledad abisal del ser humano. Se trata de un viaje verdaderamente demoledor, al cual es difícil resistirse porque nos rapta desde las primeras páginas, nos penetra. Bajo nuestra mirada cautiva, nos revela una terrible visión del ser humano

en su total desnudez, víctima y/o verdugo de un mundo deshumanizado del que ningún lector sale indemne.

Este volumen recoge tres novelas, tres facetas de su creación: la primera, *Las lágrimas de Henan*, nace a raíz de unos hechos acontecidos en la provincia de Henan recogidos en el periódico chino *Guangxi Ribao*, y toma la forma de un relato circular; la segunda, titulada *El alma de los peces*, posee tintes de fábula o cuento y se desarrolla en la Austria del siglo XIX, a través del destino de Bruno Weiss, personaje perverso que nos recuerda la subida del nazismo; la última, *Adiós a los hombres*, nos ofrece un “huis clos”, es decir, una puerta cerrada, con rastros de thriller entre tres personajes: un hombre y dos mujeres.

El territorio narrativo de Antonio Gómez Rufo nos lleva a paisajes desoladores donde impera el invierno, como en las obras del pintor Friedrich, donde una “ciudad lívida boquea madejas de algodón translúcido como espasmos agónicos de un pez fuera del agua”, donde, asomada a su ventana, sigue esperando una mujer solitaria. Desolación que nos asalta, como en el lienzo de Munch, cuando se abre en grito desgarrador, el aullido, el baladro espeluznante de Lin Lizhou, campesina china pobre, ayer “esposa feliz en la aldea más plácida de la Tierra”, que surge como “devorada por el diablo, un Dios vengativo que hubiera convertido su garganta en una cascada de gritos de vidrios, ascuas y fiereza, un grito desesperado”. Desolación que, finalmente, transforma el *Cuadro* de Francis Bacon (*Painting 1946*) en un espejo en el que Juan, personaje central de *Adiós a los hombres*, no deja de mirarse y de buscarse, como si de un pozo de introspección, de un interlocutor mudo se tratase; imagen que deviene reflejo de sus estados de ánimo: hombre sin rostro, naturaleza muerta de buey descuartizado junto al balcón de la nada.

En este viaje, nuestro guía toma la voz de un narrador omnisciente, extradiegético, demiurgo que nos relata en pretérito imperfecto estas tres historias. Así, se distancia no sólo a través de países lejanos o épocas remotas, sino también por medio de un tiempo que nos sitúa en un presente del pasado, un tiempo que describe y expresa la acción bajo el doble aspecto de la continuidad y de lo inacabado. El narrador se vuelve un ojo íntimo que introduce su mirada en lo más profundo de los personajes, revelando sus pensamientos o emociones con la precisión del cirujano, con la frialdad del científico y el ardor del artista, alianza de hielo y fuego. En ese estudio minucioso se adivina la

voluntad de bordear los labios de la herida, de deletrear el dolor y el sufrimiento, de dibujar sus abismos y sus picos, de asociar al lector a esta profunda introspección del ser para encontrar salidas y construir algo mejor. Esta escritura tan esmerada nos recuerda la de un Stefan Zweig, con su arte de la psicología, de sugerir en un ademán, una mirada, las tormentas interiores, la reserva mental, los abismos del inconsciente.

La tremenda fuerza de la escritura del autor radica en su poder expresivo, un expresionismo deslumbrante, en el que cada palabra se vuelve pincelada o brochazo que a lo largo de la narración construye una verdadera obra de arte. Con un dominio perfecto del idioma, un cumplimiento ejemplar de sus pautas, con palabras depuradas, nos desvela la cara íntima del ser humano, despojada de sus artificios, con sus cobardías y sus esperanzas frustradas. Como un Goya o un Andrés Bello, con espátula o carboncillo, recorta silencios y esculpe sentimientos escondidos o, a menudo, sellados, incapaces de franquear la frontera de los labios de sus personajes hambrientos de amor y de ternura. El lenguaje es a veces profundamente poético y eficaz, palabras como saetas, palabras como caricias que dibujan el cuerpo de la mujer amante, traducen el temblor de un labio, el palpar de un corazón enfermo; nada sobra y nada falta.

Con su imaginación y su poder expresivo, Gómez Rufo da cuerpo a los antihéroes. Elemento central de cada una de sus tres novelas, sus personajes principales son hombres desvalidos, heridos, inadaptados o perdidos en ese mundo en el cual nacieron. Todos ellos son incapaces de crecer, de librarse de sus demonios, de amar, sencillamente de amar, de entregarse y recibir. Son seres mutilados, “des amputés du cœur” que diría Jacques Brel.

En el caso de Juan, protagonista del *Adiós a los hombres*, nos duele su incapacidad para “cortar la cadena materna que ahoga y tara, que mutila y que mata”, su tremenda angustia frente a la soledad, a la muerte que asocia “con la soledad eterna, insoportable eternidad de silencio bajo la lápida de una sepultura”, le da pavor y lo atenaza, manteniéndolo esclavo y vencido. Un hombre que habita “un cuarto en el hotel de la insatisfacción, en la planta de los infortunios”, convencido de que todo el mal proviene del otro lado del mundo, aquel que crece detrás de la puerta de piso refugio, piso útero, oscuro y cálido.

En el caso de Bruno Weiss, nos asusta la crueldad y la perversión de este joven encerrado en un mesianismo loco, “un ser que busca ser buscado, desea ser deseado; pretende ser pre-

tendido. Y buscado, deseado y pretendido; olvida y desprecia” y que siembra a su alrededor destrucción y desolación.

Y en el caso de Wong Feng, campesino chino, “hombre de rebeldías cortas y silenciosas”, cuya única obsesión es tener un hijo, padecemos su ausencia de emoción y de ternura, su resignación de farsante, de rata medrosa y atemorizada.

Frente a estos retratos masculinos, Antonio Gómez Rufo nos ofrece retratos de mujeres dominantes o cuya determinación, como en el caso de Claudia, monstruo con cara de ángel, o Consuelo, solterona al acecho de un macho que adoptar, nos produce escalofríos. Sin embargo, sus personajes femeninos dejan percibir —pese a las circunstancias—, voluntad y ternura, vitalidad y sensualidad y expresan en voz alta, incluso a gritos, su deseo y su necesidad de amar y ser amadas.

A través de cada uno de sus relatos, Gómez Rufo nos ofrece una visión sin piedad de las relaciones de seres parecidos a los que nos cruzamos cada día en la calle o, quizás, incluso, a los que contemplamos en nuestro propio espejo. Seres enfermos de soledad, carentes de ternura, prisioneros de ortopedias pasadas y arcaicas, de un papel definido en otros siglos, de tiempos cavernícolas. Lo que traduce perfectamente Laura, personaje del *Adiós a los hombres*, cuando dice que “sabía que los hombres, desde sus raíces ancestrales, esconden su sufrimiento en el silencio, porque no pueden mostrar que son débiles, o incapaces de alimentar al grupo familiar; y así el sigilo se convierte, desde siempre, en un parapeto tras el que se resguarda la dignidad, en donde se disimula la inseguridad y se oculta el miedo. Laura sabía que los hombres llevan un millón de años refugiados en el silencio y por eso hay quien asegura que no conocen lo que significa sufrir, que desconocen lo capaces que son de mutilarse y, si llega el caso, morir de desamor...”

A lo largo del siglo XX, las mujeres han conquistado su independencia social, laboral y sexual, hecho que modificó rotundamente los papeles en la pareja y que hizo evolucionar notablemente las relaciones entre ambos sexos. En este nuevo contexto, demasiadas mujeres y demasiados hombres se sienten distanciados, se culpan mutuamente de la dificultad en establecer relaciones profundas y enriquecedoras. La crisis de las normas, de los valores y esa libertad conquistada por las mujeres provocaron un verdadero trastorno social, revolución perfectamente reflejada en la obra del autor. La mujer es protagonista de todo: no sólo procrea, sino que elige su pareja, trabaja y asume su día a día; puede vivir sola. El hombre vio

su papel totalmente cambiado; se vio destituido de su rol de protector y poderoso, de mando y padre, y tuvo que aprender otro, el de compañero, un nuevo destino para el que no había sido preparado.

En cierta manera, las novelas de Gomez Rufo perturban el orden tranquilo de nuestra vida cotidiana, porque pese a la distancia novelesca, nos hablan de cosas cercanas, de afectos y sentires tan humanos como “el odio que se forma escama tras escama” evocado por el chileno Pablo Neruda, un odio más tenaz que el amor. Estas novelas nos revelan el poder de la venganza más fuerte que el cariño, o se centran en la tremenda incomunicación que crece en la sociedad de la aldea global o del Mundo de la Gran Mentira, tal y como lo sugiere el campesino de Henan. El autor hurga en este mundo castrante en el que exteriorizar cualquier sentimiento o emoción se compara con comer frutos silvestres venenosos, como si el amor o la ternura fueran frutos prohibidos desde la condena perpetua de la pérdida del Eden.

A través de una prosa cuidada y comprometida, Gómez Rufo nos habla también de la libertad y del tremendo temor a la libertad. Ser libre es elegir y asumir, superar los miedos, exige ser actor y de ninguna manera desertor de la vida. Ser libre es condenar “la resignación como un susurro que apenas se oye pero que cae en los abismos de la conciencia creando un malestar insoportable y la sensación de (que) quien se resigna no es merecedor de ello”. Nos invita a una profunda reflexión sobre nuestra sociedad del siglo XXI, invita a revelar nuestros silencios elocuentes, más ruidosos que las palabras como dice Wong Feng, porque este hermetismo es también, desgraciadamente, una forma de anestesiar, de enmudecer los sentimientos.

Gómez Rufo nos propone lo que Max Jacob en su *Art poétique* califica como “œuvre sincère”, es decir, “celle douée d’assez de force pour donner de la réalité à une illusion”. Esta fuerza está presente en cada una de sus páginas, en las que la imaginación es la fuente que da vida a nuestros fantasmas y miedos, que viste de palabras nuestros silencios y olvidos. Su narrativa no sólo bebe en el manantial de los silencios sino en el de la vida y en el de la historia. Nada en él es banalidad, vacuidad o inutilidad; el autor plantea, a lo largo de su recorrido narrativo, las entretelas de nuestra condición de ciudadano del mundo. Su obra traspassa las fronteras de su idioma y de su mundo, traduce las angustias de todo habitante de este “Primer” Mundo que se ahoga en la soledad y en el individualismo, que olvida

a menudo el sentido de la palabra solidaria. Es la obra de un intelectual comprometido con su época y su sociedad. Por eso, pone su talento y su trabajo, su mirada y su sentir al servicio de sus compañeros de existencia. Viste de poesía y de prosa angustias y sueños, fracasos y anhelos. Sustituye nuestros silencios por palabras, cuyos ecos resuenan en los paisajes de la soledad para que explote la primavera, para que despierten del largo sueño de la razón, del interminable e invernal letargo, nuestras conciencias. Nos invita a luchar por crecer y romper con las ortopedias que nos impiden ser lo que somos, para liberarnos y derrumbar las fronteras, para que nunca más temamos el sabor de las frutas de la vida y del amor, para que asumamos nuestra ansia de ternura, de diálogo.

La obra literaria de Antonio Gómez Rufo no bebe sólo en el manantial de los silencios sino que se alimenta del limo de grandes creadores como García Márquez, de poetas como Cummings o Li Tai Po, de los ambientes de Berlanga, Kieslowski, de los tintes angustiados de un Woody Allen, pero se enraíza igualmente en la experiencia cotidiana del creador. Si la literatura no es la vida, es un medio de exaltación de la vida, una forma de entender su drama de manera más clara, más inteligible, más comprensible. Por eso, no es de extrañar que sea traducida y publicada en países extranjeros: su temática atraviesa las fronteras para hablarnos del ser humano en este nuevo siglo lleno de dudas, temores y esperanzas. Nos habla con total desnudez de nuestras angustias y terrores, nos muestra la esterilidad de la política del avestruz. A partir de un análisis minucioso del mundo que le rodea, Antonio Gómez Rufo construye una obra profunda, difícil y poderosa.

Ya es tiempo, estimado lector, de abandonarte a este viaje intenso, no al centro de la Tierra como proponía Jules Verne, sino hacia nuestro yo más íntimo. Es tiempo de saciar tu sed en el manantial de los silencios...

